



A mi padre



Poinciana real. Miami, EE. UU.

Prólogo

Una mirada a las fotografías de Juan Bonilla conduce a pensar que la expresión de esta versatilidad de la fotografía puede contarse entre los principales propósitos de su producción, ya que sus trabajos son de la más diversa índole. Lo notable, sin embargo, es que, a pesar de esa diversidad, Bonilla haya logrado imprimir al conjunto de su producción una unidad, una unanimidad de propósitos, una afinidad entre sí, lo cual permite hablar de “su obra”.

En buena parte esta unidad está afinada en la capacidad del fotógrafo de crear imágenes, de plasmar, a través de la luz, unas formas y colores que representan el mundo real, entendido no sólo como mundo físico, sino como pensamiento. Y Bonilla no sólo capta aquello que le despierta reflexiones o sensaciones que le son imperativo comunicar, sino que logra traducirlos, precisamente,

a imágenes que, por su configuración, tonalidades o estructura permanecen con frecuencia en la memoria del observador.

Podría afirmarse que Bonilla es como un peregrino que va captando con su cámara las impresiones y sensaciones que le producen los lugares, las personas, los objetos y las construcciones que encuentra en su camino, en su cotidianidad, con el objetivo de transmitir su particular manera de percibir las, la mirada que lo indujo a registrarlas.

Pero Bonilla no está pendiente de la espectacularidad de los sujetos, ni de su urgencia o relevancia. Por el contrario, la mayoría de sus sujetos son comunes y corrientes, intrascendentes, por lo tanto, el contenido de sus imágenes está más relacionado con la capacidad del fotógrafo de penetrar las apariencias, de trascender la obviedad para descubrir

El goce de mirar

verdades que no son perceptibles a primera vista, pero que no por ello dejan de existir ni de proveer significativas experiencias para el observador.

Es claro entonces que la variedad de los sujetos en las tomas de Bonilla obedece a la multiplicidad de elementos que afectan su percepción, que le aportan conciencia de su propia vida, y también a la certeza de que está escudriñando y descubriendo ángulos inéditos, encuadres que ofrecen un nuevo punto de vista sobre los sujetos, y que posiblemente habrán de suscitar consideraciones inesperadas. Sus imágenes son expresiones de una personalidad sensible que vibra ante un rostro expresivo, o ante el contraste de un edificio con el cielo, o ante un insecto que se posa en un

pétalo, o ante cualquier escena elocuente acerca de la condición humana.

La variedad de sujetos e intenciones que presenta la obra de Juan Bonilla es, en conclusión, un doble testimonio, por una parte, de que por muy disímiles que parezcan a veces las cosas y las situaciones, basta un criterio definido para unificarlas; y por otra parte, de la versatilidad de la fotografía, de la inagotable adaptabilidad del medio fotográfico a todo tipo de argumentos, y por ende, de sus aptitudes para haberse convertido en una de las más fértiles prácticas artísticas de estos inicios del siglo XXI.

Eduardo Serrano Rueda

Crítico de arte y curador.



Atocha. Madrid, España, 2003

El goce de mirar



Madrid, España, 2003



El goce de mirar



Museo de las Ciencias Príncipe Felipe. Valencia, España, 2003



Estadio Santiago Bernabeu. Madrid, España, 2003

El goce de mirar



San Pedro del Pinatar. España, 2003